

Redención Mediante La Gracia De Predestinación

Max Weber

1912

La redención puede ser un don de gracia completamente libre y gratuito de un Dios inescrutable en sus decisiones, necesariamente inmutable en virtud de su omnisciencia y sobre el que no puede ejercer ninguna influencia el comportamiento humano: gracia de predestinación. Ésta presupone por completo al Dios creador supramundano, por lo que falta tanto en la religiosidad antigua como en la asiática. Se diferencia de la noción de un hado supradivino (presente en las religiones de héroes guerreros) por su carácter de providencia, es decir, de orden o gobierno del mundo que desde el punto de vista humano es irracional, pero que desde el punto de vista divino es racional. Por contra, la gracia de predestinación elimina la bondad de Dios, que se convierte para ella en un rey duro y mayestático. La gracia de predestinación comparte con la fe en el hado la consecuencia de educar para la distinción y la dureza, aunque (o precisamente porque) frente a este Dios la desvalorización total de toda fuerza propia del individuo es el presupuesto de la salvación por gracia libre. Naturalezas sin pasiones, seriamente éticas, como Pelagio, podían creer que bastaba con las propias obras. Entre los profetas, la predestinación es la creencia de personas que o (como Calvino y Mahoma) estaban dominadas por un impulso racional y religioso de poder (la seguridad de la propia misión, que se sigue menos de la irreprochabilidad personal que de la situación del mundo y de la voluntad de Dios), o (como San Agustín y de nuevo Mahoma) tenían que domar enormes pasiones y vivían en el sentimiento de que esto sólo podía suceder mediante una fuerza que imperaba fuera de ellas y por encima de ellas. De ahí que también Lutero conociera la predestinación en la nerviosa época posterior a sus difíciles luchas con el pecado, pero la hizo retroceder a medida que posteriormente fue aumentando la adaptación al mundo.

La predestinación concede a la persona el máximo de certeza de salvación si está segura de pertenecer a la aristocracia de salvación de los pocos que han sido elegidos. Como la incerteza absoluta es insoportable a la larga, tiene que haber síntomas de que el individuo posee este carisma de incomparable importancia. Como Dios ha manifestado algunos mandamientos positivos para la actuación que es de su agrado, esos síntomas sólo pueden encontrarse en la confirmación (decisiva aquí, igual que en cualquier otro carisma religiosamente activo) de la capacidad de colaborar en su cumplimiento como una herramienta de Dios, y esto de manera continuada y metódica, ya que la gracia o se tiene siempre o no se tiene. La certeza de la salvación y de la perseverancia de la gracia no la dan infracciones individuales (que al predestinado le pueden ocurrir igual que a todos los pecadores), sino la consciencia de que fluye hacia Dios la actuación querida por Dios, la cual parte de la auténtica relación interior con Dios, fundada por la misteriosa relación de gracia: la certeza de la salvación la da la cualidad central y constante de la personalidad. De ahí que, en vez de la coherencia aparentemente "lógica" del fatalismo, la fe predestinacionista haya inculcado precisamente a sus partidarios más coherentes

los motivos de actuación querida por Dios más fuertes que podamos imaginar. Naturalmente, estos motivos varían según sea el contenido primario de la profecía. Bajo la influencia de esa fe surgieron tanto el auto-olvido completo de los guerreros islámicos de las primeras generaciones, que se hallaban bajo el mandato religioso de la guerra para conquistar el mundo, como el rigorismo ético, la legalidad y la metódica racional de vida de los puritanos, que se hallaban bajo la ley ética del cristianismo. La disciplina en la guerra religiosa era la fuente de la imbatibilidad tanto de la caballería islámica como de la de Cromwell; el ascetismo intramundano y la búsqueda disciplinada de la salvación en la profesión querida por Dios era la fuente de la virtuosidad económica de los puritanos. La desvalorización radical y realmente definitiva de todas las donaciones mágicas, sacramentales e institutivas de la gracia frente a la voluntad soberana de Dios es la consecuencia inevitable de toda gracia de predestinación que sea llevada a cabo de una manera coherente, y de hecho se produjo siempre que la misma existió y se mantuvo con toda su pureza. A este respecto, su influencia más fuerte la ejerció en el puritanismo. La predestinación islámica no conocía el doble decreto: no se atrevía a imputar a Alá la predestinación al infierno, sino sólo la retirada de su gracia y, por tanto, la «admisión» del error inevitable, debido a la insuficiencia del ser humano. Y además tenía, en correspondencia a su carácter de religión guerrera, el matiz de la «moira» griega en tanto que estaban mucho menos desarrollados tanto los elementos específicamente racionales del “gobierno del mundo” como la determinación del destino religioso del individuo en el más allá. Reinaba la idea de que lo que estaba determinado por la predestinación no era el destino en el más allá, sino precisamente el destino extracotidiano en el más acá (por ejemplo, y especialmente, la cuestión de si el guerrero religioso caía o no en la batalla). Por el contrario, el destino del individuo en el más allá ya estaba asegurado suficientemente por su mera fe en Alá y en el profeta, por lo que no precisaba (al menos de acuerdo con la noción más antigua) ser confirmado en la conducción de la vida: un sistema racional de ascetismo cotidiano era ajeno al principio a esta religión guerrera. De ahí que la predestinación ejerciera en el Islam su poder una y otra vez en las luchas de religión (aún en las mahdistas), pero lo fue perdiendo a medida que el Islam se fue “aburguesando”, pues no creó una metódica de vida intracotidiana, al contrario que el puritanismo, donde la predestinación se refería al destino en el más allá y, por tanto, la “certeza de la salvación” dependía precisamente de la confirmación infracotidiana de la virtud, por lo que sólo con el aburguesamiento de la religiosidad de Calvino creció el significado de ésta frente a sus propias ideas originarias. Mientras que la fe puritana en la predestinación fue considerada por todas las autoridades peligrosa para el Estado y hostil a la autoridad, ya que era escéptica frente a toda legitimidad y autoridad mundanas, es muy característico que la estirpe de los omeyas (a la que se criticaba por ser específicamente “mundana”) fuera partidaria de la fe en la predestinación, pues esperaba ver legitimada mediante la voluntad predestinadora de Alá su propio poder, obtenido de manera ilegítima: como vemos, el giro a la determinación de acontecimientos concretos del mundo (y no del destino en el más allá) hace que desaparezca en seguida el carácter ético racional de la predestinación. Y en la medida en que tuvo consecuencias ascéticas (lo cual sucedió también entre los viejos guerreros, que eran muy sencillos), este efecto fue reprimido en la vida cotidiana del Islam, que planteaba a la eticidad exigencias exteriores y rituales, por lo que adoptó en la religiosidad popular (debido a su carácter menos racional) rasgos ligeramente fatalistas (Kismei), y también por este motivo la magia no quedó expulsada de la religión popular. Finalmente, al carácter de la ética confucianista de la burocracia patrimonial china corresponde que allí (por una parte) el saber de un «hado» esté considerado como lo que garantiza la mentalidad distinguida y (por otra parte) este hado a veces adopte en la fe mágica de las masas rasgos fatalistas, pero en la fe de las personas cultas ocupe una posición media entre providencia y «moira». Igual que la

moira y la decisión de enfrentarse a ella alimentan el orgullo guerrero del héroe, también la predestinación alimenta el orgullo («farisaico») del ascetismo burgués heroico. Pero en ningún lugar el orgullo de la aristocracia predestinada de salvación está enlazado tan estrechamente a la profesionalidad y a la idea de que el éxito de la actuación racional demuestra la bendición de Dios; y, por tanto, en ningún lugar el efecto de los motivos ascéticos sobre la mentalidad económica es tan intenso como en el ámbito de vigencia de la gracia puritana de predestinación. La gracia de predestinación es también la fe del virtuosismo religioso, que es el único en soportar desde la eternidad la idea del “doble decreto”. A medida que pasa a la cotidianeidad y a la religiosidad de masas, la sombría seriedad de la doctrina es soportada cada vez menos, y finalmente quedó como *caput mortuum* en el protestantismo ascético occidental aquella contribución que esta doctrina de la gracia dejó como huella en la mentalidad capitalista racional: la idea de la confirmación profesional metódica en la vida económica. El neocalvinismo de Kuyper ya no se atreve a defender por completo la doctrina pura. Pero la fe no ha desaparecido por completo, sino que sólo ha cambiado de forma. Pues en todos los casos el determinismo predestinacionista era un medio para la centralización sistemática más intensa posible de la “ética de la convicción”. La “personalidad global”, como diríamos hoy, está provista gracias a la «elección divina» del acento de valor eterno, y no alguna acción individual. El equivalente irreligioso, basado en un determinismo terrenal, de esta valoración religiosa es aquel tipo específico de «vergüenza» y, por decirlo de alguna manera, sentimiento ateo de pecado que es propio del ser humano moderno en virtud de una sistematización ética (que puede tener diversas bases metafísicas) para la ética de la convicción. No que él haya hecho esto, sino que, sin su intervención, en virtud de su constitución inmutable, él «sea» de tal modo que pudo hacerlo es el tormento secreto que soporta, y también lo que el «fariseísmo» determinista de los otros le expresa cuando lo rechazan es inhumano porque carece de la posibilidad efectiva de un “perdón” y “arrepentimiento”, o de una «reparación», exactamente del mismo modo que era inhumana la fe religiosa predestinacionista, que en todo caso pudo representarse algún tipo de *ratio secreta*, divina.